

acaso, al oír nombrar aquel castillo me quedé como deslumbrado. A los protestantes aquellos los había encontrado yo en casa de la señora Dunoyer, de quien eran amigos, y como la señora Dunoyer iba á menudo á aquella casa de campo, quizás á ella era adonde conducido había á mi amada. Esta circunstancia me imponía la mayor prudencia; así, pues, acepté haciéndome rogar, y anudé el interrogatorio, pero dándole otro sesgo.

»La pastora nada sabía, si es que podía saberse algo, á causa de haber pasado muy poco tiempo en su casa desde la víspera. Con todo eso, me aseguré de que la muchacha me ayudaría, y la seguí, procurando interesarla más y más á mi favor.

»A prima noche, y en el instante en que la familia se disponía á cenar, llegamos á casa de la pastora, la cual me presentó á su padre, arrendatario de aquella tierra, que me recibió atentamente, instándome para que me sentase.

»En Francia la gente suele ser más recelosa.

## XLVII

»No obstante mi aflicción, el hambre me aguijaba, y es que la juventud no pierde sus derechos. Sentéme, pues, á la mesa con los lugareños, á quienes mi presencia no molestó, cuanto más que era yo de condición modesta y estaba triste y silencioso. Un cuarto de hora después, ni se acordaban de que yo estaba allí, y, siguiendo la costumbre inmemorial de los criados, hablaron de sus amos.

»— Sí — dijo la arrendataria, — la pobre seño-

rita está muy enferma; en el castillo todas se desviven por ella, y, sin embargo, no cesa de llorar.

»— ¿La has visto?

»— Sí, ayer mañana, al llegar; es muy afable y muy guapa.

»El corazón me dió un brinco; y es que empezaban á desvanecerse mis dudas, porque ¿quién podía ser sino ella? Figúrense Vds. si redoblé la atención.

»— ¿Está en el castillo la madre de la señorita?

»— No, tan sólo hay allí su hermana y una vieja ama de llaves; su madre ha regresado á la Haya para perseguir al galán. Más valdría los casase, porque, tarde ó temprano, se aproximarán y los hará dos veces culpados, pues volverán á desobedecerla.

»— ¿Quieres callarte y no decir esto delante de tu hija?

»— Mi hija nunca se verá contrariada en su inclinación, y eso hará que no piense en desobedecernos.

»— ¡Pobre señorita! — profirió mi amiga Groschen, — luego iré á verla.

»De buena gana habría abrazado á la pastorcica por estas palabras.

»Con la impaciencia que es de suponer aguardaba yo el fin de la cena, y cuando se levantaron de la mesa me llevé conmigo á Groschen al huerto, y, al explicarle lo que ocurría, con sus vivos ojos devoraba mis palabras.

»— ¡Ah! ¡es su amada de V. — exclamó la muchacha, — aquella á quien V. lloraba en el sendero cuando lo he encontrado! ¡Oh! iré á verla sin demora, y le diré que está V. aquí, y que no se desconsuele, puesto que usted la ama tanto.

»De acuerdo Groschen y yo, arranqué de mi cartera una hoja y tracé en ella algunas palabras que aquélla se encargó de llevarlas á su destino.

»Desde aquel instante me rehice; había encontrado á mi amada por manera tan prodigiosa, que me pareció imposible volver á perderla.

»Mi inteligente mensajera entregó la carta y me trajo la contestación, que era una acción de gracias al Señor. Decíame mi amada que, pues sabía que yo me hallaba tan próximo á ella y se le ofrecía ocasión de corresponder, lo soportaría todo; que esperaba carta mía con frecuencia, y que ella me pondría al corriente de lo que ocurriese. Además, me indujo á que me volviese á la ciudad á fin de no levantar sospechas, y me aseguraba que en adelante no le faltarían ánimos si queríamos anudar nuestros antiguos proyectos.

»Obedecí puntualmente á mi amada. Gracias á nuestra confidente, vine en conocimiento de un atajo que me llevaría en brevísimo espacio á la ciudad, á la que decidí regresar aquella misma noche, con ser ya las diez, á fin de evitar los comentarios á que daría lugar una ausencia más prolongada. Groschen y yo quedamos en que cada dos días nos reuniríamos en sitio diferente para darme nuevas y recibir las mías, y en que mi amada procuraría escribirme lo más á menudo posible.

»Encontré al señor de Chateaneuf muy inquieto por mí; y es que casi se daba por seguro que en un parásimo de desesperación me había echado de cabeza al río. Como al día siguiente no me hubiese presentado, mis amigos, que estaban furiosos, habrían jugado una mala pasada á la señora Dunoyer.

»Como no volvieron á hablarme del asunto, anudé mi vida habitual, y diéronse todos á entender que yo olvidaría. Propusieronme diversiones, y las acepté siempre que no me impidiesen acudir á la cita de mi pastora, suficientemente linda para representar el primer papel en mi intriga amorosa.

»La correspondencia continuó; en cuanto á vernos mi amada y yo, no había que pensar: mi infanta estaba guardada de vista, apenas podía trazar con el lápiz algunas palabras y leer á hurtadillas mis cartas. No cabía sino cargarse de paciencia, y por fortuna no nos faltaba; pero yo era quien tenía menos, con ser ella la que más angustias pasaba, angustias que me quebrantaban el corazón, y eso que mi amada me las ocultaba.

»Mi padre me escribía diciéndome que regresase á mi casa, sin más condición que la de presentarme en el despacho de su procurador y sujetarme al estudio de las leyes. En cuanto á mi vocación poética, me sería permitido darle vado, con tal que me fuese posible aliar con ella mis estudios. Ofrecíame, además, mi padre remitirme el dinero legado por la señorita de Lenclos para la adquisición de libros, con la condición de que al mismo tiempo los compraría yo para su profesión y para la que á mí me halagaba. Todo consistía, pues, en hacer una concesión; pero como yo quería quedarme en Holanda, no me avine.

»Pasó el tiempo, y la señora Dunoyer nada descubrió. Creyendo quizá que yo estaba resignado y era infiel, hizo regresar á su hija á la Haya; lo cual habría redundado en perjuicio de nuestra correspondencia si Groschen no nos hubiese ayudado. La pastorcica rogó á su ama que se la llevase consigo á la ciudad, y como su ama la quería, y, sobre quererla, era mujer de aquellas que fomentan las ambiciones, accedió.

»Limpiaron, pulieron y vistieron á Groschen de tal suerte, que la muchacha quedó convertida en una criadita no menos graciosa que Liseta y Martón.

»Más cerca de mí la pastora, nos veíamos con más frecuencia, y, por consiguiente, las cartas menudea-

ban más y producían saludable efecto, demasiado. Y digo esto, porque la señora Dunoyer, que sabía dónde le apretaba el zapato, observando que su hija estaba muy tranquila y animosa, buscó la causa, y la descubrió sin gran trabajo.

»Como pueden Vds. figurarse, esta vez no hubo remisión. Mi amada fué detenida, y, sin darle tiempo de vestirse, la llevaron á casa de un cura protestante, espantajo de toda la grey, donde la encerraron bajo llave, con prohibición de ver á persona alguna, ni siquiera á su hermana y á su madre; la cual, á lo que yo oí, temía también dejarse seducir y cesar de ser fiel á sí misma.

»En cuanto á mí, el señor de Chateaufort se mostró severo, me recordó mi palabra empeñada, y me dijo que había faltado á las leyes del honor no cumpliéndola.

»— Pido á V. perdón—repliqué;—pero su señor hermano de V., mi padrino, me ha manifestado repetidas veces que, en amor, la palabra no tiene importancia alguna, y, al darle yo á V. la mía en este asunto, no me animaba la intención de cumplirla.

»El señor de Chateaufort no supo qué contestar á esto; pero me advirtió que me era urgente poner coto á mis galanteos, ó que no respondía de mí.

»— Doy á V. las más expresivas gracias—repliqué con el corazón henchido de amargura;—veo que realmente he de renunciar á mis amores; pero no puedo permanecer más tiempo en la Haya, donde me mataría la pesadumbre, y me hallaría á un tiempo tan cerca y tan lejos de la señorita Dunoyer. Escribiré á mi padre y solicitaré de él que me permita trasladarme á América, ya que me niega la autorización de regresar á mi patria.

»Mi protector hizo burla de mí, diciéndome no

serme necesario ir tan lejos para consolarme, que lo mejor que podría hacer era no probarlo, pues perdería el tiempo y más tarde me arrepentiría.

»Todavía no me he arrepentido. Al contrario, me recreaba en mis añoranzas y en mi melancolía. Me entregaba asiduamente á la meditación, sondaba las impresiones de mi espíritu y de mi alma, y este estudio me ha sido provechoso.

»Cierta mañana, me sorprendió un hecho inesperado. La señora Dunoyer había adoptado un plan de venganza que no dejaba de ser original: reunió mis cartas á su hija, las arregló á su modo y las hizo imprimir. Es la primera obra mía publicada. De ello se siguió que toda Europa se enteró de aquella intriga, y pasé por seductor, cuando en todo el universo no había un amante más tímido que yo.

»En la Haya hubo una especie de motín contra mí; de haberme presentado en las tertulias, me hubieran lapidado.

»Lo primero que se me ocurrió fué defenderme y reivindicar la verdad; pero el señor de Chateaufort me lo impidió, diciéndome que, removiéndome el escándalo, le daría mayores proporciones, y que lo que me correspondía hacer era negar aquellas cartas falsificadas sin injuriar á nadie, y retar á mis acusadores á que pusiesen de manifiesto las originales.

»En la *Gaceta de Holanda* publiqué un mesuradísimo remitido dirigido al editor de mis epístolas, descartando á la señora Dunoyer y sin dejar traslucir siquiera que hubiese podido ella intervenir poco ni mucho en tal asunto. El remitido calmó un poco á mis adversarios, digo, á los concurrentes á las tertulias, porque en cuanto á la señora Dunoyer, sólo hubieran podido calmarla mi sumisión y mis disculpas. Mi padre me envió á decir que podía volverme á su casa, y no me hice de rogar para salir

de una tierra donde tan malos ratos había pasado y en la cual no alentaba ya ninguna esperanza.

«Nunca jamás he vuelto á ver á la señorita Dunoyer ni sé qué ha sido de ella...»

Estos fueron los primeros amores de Voltaire, amores que he creído sería curioso dar á conocer, cuanto más que son apenas conocidos y no se ocupan en él desde este punto de vista.

— ¿Ha tenido V. otras amantes? — le preguntó la señora de Parabere, curiosa como una gatita.

— Varias, señora; he tenido *la Henriada*, *Edipo*, la Bastilla y la mariscal Villars, á quien adoré y que nunca me correspondió. Hice un nuevo viaje á Holanda con la excelente señora de Rupelmonde, que me amaba sin yo quererla; he trabajado en muchas obras, aliento mil planes, y estoy decidido á ser algo en este siglo, no sea sino para castigar á la señora Dunoyer por no haberme aceptado por yerno.

Creo que, en realidad, la señora Dunoyer, si ha vivido lo suficiente, ha de haberse arrepentido á menudo de haber quitado á su hija un partido tan importante.

Escuchando á Voltaire, el tiempo nos pasó velocísimo, y ya nos disponíamos á despedirnos, cuando se abrió de par en par la puerta del pabellón, y un ujier anunció al regente.

## XLVIII

La señora de Parabere se levantó de sopetón, como si la hubiese mordido una serpiente, y Voltaire y Argental se quedaron atrás y saludaron profundamente y como corridos de encontrarse allí.

El regente, al observar la turbación de que era causa, preguntó:

— ¿Incomodo?

— Acaso—contestó con altivez la señora de Parabere;—á lo menos no esperábamos á Vuestra Alteza.

— ¿Y á V. también la incomodo, señora? — añadió el príncipe volviéndose hacia mí.

— Lo más mínimo, monseñor—contesté;—estábamos escuchando al señor de Voltaire.

— ¡Y qué! ¿no puedo escucharlo yo también?

— El señor de Voltaire iba á retirarse con el señor de Argental, y nosotras...

— Sin cumplidos, no los retengo — replicó el príncipe dejando vagar por sus labios la más amable sonrisa de despedida.

Voltaire y Argental no se lo hicieron repetir, y, saludando otra vez, salieron.

La señora de Parabere los siguió con la mirada mientras pudo verlos; después se volvió lenta y graciosamente hacia el príncipe, y le preguntó el porqué de su presencia en su casa á tal hora.

El duque de Orleáns, algo confuso, fingió chancarse y contestó:

— ¿A qué he venido? A lo que de algunos años á esta parte he hecho tantas veces, señora: he venido á cenar y á conversar con V., si V. lo tiene á bien.

— Ya hemos cenado, monseñor; si Vuestra Alteza lo desea, voy á ordenar que le sirvan. En cuanto á conversar, no estoy dispuesta; la señora del Defand me reemplazará.

— ¡Qué mudanza, señora! ¡Cómo! ¿Tan temprano ya han cenado Vds.? ¡Qué! ¿V. se niega á conversar conmigo, con Felipe de Orleáns?

— Más que con cualquiera otro, monseñor.

— ¿Por qué?

— Si Vuestra Alteza no tiene memoria, yo recuerdo.

— ¡Ah! ¿es V. rencorosa? Ea, marquesa, eso no está bien. A lo menos somos viejos amigos, si no pasamos de aquí.

— Menos todavía eso que lo demás, caballero.

— ¿De veras?

— Y Vuestra Alteza ha de comprenderlo. La amistad se aparea con la estimación, sin la cual aquella no existe, y yo no siento ninguna estimación por Vuestra Alteza, con lo que dicho se está que no puedo ser su amiga.

El regente se sonrojó, volvió á turbarse, y exclamó:

— Eso no se dice delante de testigos, marquesa.

— La señora del Deffand estaba presente cuando se lo dije á monseñor la primera vez; por otra parte, á mí los testigos no me asustan, y se lo diré á Vuestra Alteza delante de todo el mundo.

— Si es así, figúrese V. que no he venido, y deme licencia para volverme luego á luego al Palacio Real.

— A sus anchas, monseñor. Tengo la honra de saludar á Vuestra Alteza, y tendré la de acompañarle hasta la puerta, como es mi deber.

— ¡Magnífico! — articuló el príncipe echándose á reír. — Es V. arrogante en sus iras; pero no nos separaremos así.

— Con perdón sea dicho, monseñor, nos separaremos.

— ¿Es cosa resuelta?

— Del todo.

— Quede V., pues, con Dios, señora.

— El guarde á Vuestra Alteza.

— ¡Qué! ¿he de irme solo? ¿Ni siquiera quiere V. hacerme compañía algunas horas, por compasión, por caridad? Estoy triste, me veo rodeado de apuros, y esta noche no tengo ni un amigo para consolarme.

— Vuestra Alteza los tiene innumerables; llámelos. Llame monseñor á sus amantes las señoras de Sabrán, de Tencín, de Palarís, etc., etc., pues son tantas que se me han olvidado los nombres.

Yo hubiera querido imitar á Voltaire y á Argental, y se me vino á las mientes probarlo y desaparecer á la chita callando. Me levanté, pues, poquito á poco, en la creencia de que nadie reparaba en mí, y me deslicé hacia la puerta; pero la señora de Parabere me acechaba, y me llamó, preguntándome adónde iba.

— A mi casa — le respondí confusa. — Parece que ya es hora de que me recoja.

— Un ratito más, hágame V. el favor.

— Pues me despiden, señora — dijo el príncipe volviéndose hacia mí, — ofrezco á V. un sitio en mi carroza; á esta hora nadie verá á V., y me hará V. un verdadero favor no consintiendo que me vaya solo.

— ¿Quiere Vuestra Alteza llevarse consigo á la señora del Deffand al Palacio Real?

— ¿Por qué no, si á la señora le conviene?

— No seré yo quien me oponga.

— ¿Habla V. formalmente?

— Formalmente.

— Dos palabras, monseñor — dije; — paréceme que disponen de mí sin mi autorización; no se trata del consentimiento de la señora de Parabere, sino del mío.

— Tendría V. que ir para instruirse, amiga mía, pero no vuelva V. mañana — profirió la marquesa. — Para visto una vez, el señor regente es bueno; entonces una guarda de él un recuerdo delicioso.

— Señora, está V. haciendo mi elogio; deje V. que la señora del Deffand se instruya por sí.

— No se lo impido, al contrario; pero apuesto que ella no lo querrá. Es mujer aguda, monseñor.

— ¿Quiere eso decir que yo soy un lobo, señora?

— No digo tal; pero ya ve Vuestra Alteza que la señora del Deffand no abre la boca.

— ¡Cómo! ¿el silencio es prueba de agudeza?

— Hay personas que tienen parlanchín el silencio, y vaya Vuestra Alteza con tiento, pues la marquesa es una de tantas.

— ¿Qué dice V. á eso, señora? ¿Sería V. implacable como la señora de Parabere? Por caridad defiéndame V.

— Bastante tengo que hacer con defenderme á mí misma, monseñor.

— Vea V. lo que dice, amiga mía, eso es confesar el peligro.

— ¡Peligro! ¿peligro de qué, señora?

— ¡Ah! en vez de promover ese importuno incidente, mejor hubiera sido que hubiese V. besado al paso esas palabras.

— Marquesa, se está V. burlando de mí; lo que V. querría sería comprometerme más de lo que yo quiero.

— Dejémonos de chanzas, amiga mía, y escúcheme V. Sola, libre, nueva en París, con un marido necio del cual la hemos libertado á V., y también á nosotras, enviándolo muy lejos, y teniendo V. más talento que nosotras todas, aproveche V. la circunstancia, haga lo que ninguna de nosotras ha sabido hacer: váyase V. con el príncipe, que esta noche se aburre; hágale compañía un par de horas, sin mirarle de otra manera que como un convidado, désele V. á conocer, muéstrele lo que vale una mujer de los méritos que V., que nada le pide ni quiere otorgarle. En la existencia de V. y en la suya será eso una originalidad. Ojalá me hallara yo en lugar de V., no titubearía ni un segundo, se lo fío. Conseguiré V. de Felipe de Orleans lo que nadie ha conseguido.

— Es verdad — se limitó á decir el príncipe.

— Nada tema. V. no lo conoce; caballero cumplido, será lo que V. quiera, y no verterá ni una palabra que V. no pueda oír; no conozco hombre más respetuoso cuando le imponen el respeto.

— Me hace V. demasiado favor — profirió el duque de Orleans; — hace poco me injuriaba V., y ahora me lisonjea.

— Soy extravagante — replicó la señora de Parabere; — ya sabe Vuestra Alteza que no digo lo mismo dos minutos seguidos. Parece original ponerles á Vds. dos, uno enfrente de otro, esta noche; me placirá conocer mañana el resultado de la conversación celebrada entre Vuestra Alteza y mi amiga en las circunstancias en que nos encontramos. Si son Vds. ingeniosos, convendrán en que me asiste la razón, y se apresurarán á marcharse para poder pasar más tiempo juntos.

Yo no me explicaba la causa que inducía á la señora de Parabere á querer enviarme casi contra mi voluntad á tan peligrosa conferencia, y, al mirarla con fijeza, parecióme que hablaba sinceramente, sin segunda intención, tanta ingenuidad brillaba en sus ojos. Nunca ha sido bien juzgada aquella mujer singular: estaba menos maleada de lo que suponían, el capricho era su guía ó, por mejor decir, su dueño.

A las veces tenía ratos de lucidez admirables, y criterio y tacto, y un minuto después soltaba una retahíla de extravagancias que la hacían acreedora á un manicomio.

El regente escuchaba á la señora de Parabere, sin decir más que una que otra palabra, sin insistir ni pedir cosa alguna. En cuanto á mí, nunca me había visto en tal apuro. Por una parte me carcomía por ceder, por ver en la intimidad, á mis anchas, á aquel príncipe de quien tanto se hablaba, y por otra parte me represaba la vergüenza.

La señora de Parabere caló mi mente, y con el tacto que, á intermitencias, la distinguía, dijo:

— ¿No quiere V. escucharme? No se hable más de ello; pero no niegue V. á ese pobre príncipe la satisfacción de acompañarla hasta la puerta de su casa. Tiene V. el aspecto de una modistilla del puente Nuevo, y lo único que pensarán los lacayos, será que Su Alteza se lleva á una de mis criadas.

El regente se rió, y yo también me reí un poco. Aquella risa nos sacó del atolladero á entrambos.

El duque de Orleans tuvo la delicadeza de no fijarse en mi vestido de aldeana; pero yo, al pensar en mi indumentaria, me ruboricé. Sin embargo, como al mismo tiempo la marquesa me tendía una tabla de salvación, me así de ella con el propósito de aprovecharla por poco que me ayudasen.

Para empezar, me avine á que el príncipe me acompañase á mi casa; esto era un primer paso, pero no un compromiso, pues quedaba dueña de ir más allá. ¡Qué locura! ¡qué inconsecuencia! dirá el lector. Lo sé; pero nadie puede hoy formarse idea de lo que eran nuestros cerebros en tiempo de la Regencia y de la seducción que lo envolvía todo; aun los más cuerdos cedían.

## XLIX

A la puerta esperaba la carroza del duque de Orleans, carroza sencilla, sin escudo de armas, como él las usaba en sus excursiones galantes.

El príncipe iba solo, como le sucedía con frecuencia, pues le gustaba desembarazarse de su servidumbre. Yo no la tenía, y la señora de Parabere, se-

gún lo pactado, debía hacerme acompañar á mi casa. Envuelta en mi capuchón, con mi saya corta de india y mi manteleta de tafetán negro, realmente me asemejaba más á una camarera que á una marquesa.

Dióme la mano el príncipe, y me hizo subir antes que él, y luego dió al cochero órdenes que no entendí, tal era mi turbación.

Nos encontrábamos próximos al Palacio Real, lejos de mi domicilio, y tenía que serme fácil ver adónde mi acompañante me conducía; pero, á la verdad, estaba de esto muy distante mi pensamiento.

El regente no me dijo ni una palabra, y, para romper mi silencio, aventuró sobre el tiempo y sobre el calor algunas observaciones que no obtuvieron respuesta alguna.

— ¿Adónde quiere V. que la conduzcan, señora? — preguntóme el duque.

— A mi casa — respondí con voz trémula é indecisa.

— ¿Está V. firmemente decidida á que sea así? ¿Me niega V. la ligera condescendencia que de V. he solicitado?

— ¿Qué le importa eso á Vuestra Alteza? Para Vuestra Alteza soy una extraña, no tengo la honra de figurar entre las intimidades de Vuestra Alteza Real; esta es la tercera vez que nos vemos. No soy más que una pobre provinciana, ignorante y muy ajena de las costumbres de la corte; mi compañía aburriría á Vuestra Alteza.

— ¿V. lo cree así, señora?

— Sí, señor.

— V. ignora que lo que me aburre, ó más bien dicho, lo que me consume, no es el tedio, sino la tristeza.

— ¿Triste Vuestra Alteza Real?

— Sí, triste, profundamente triste, en medio de las orgías, de los placeres y de los amores fáciles; triste, sin amigos y rodeado de la desconfianza. Paso instantes de desaliento terribles, y este es uno de los más crueles que he pasado de mucho tiempo á esta parte. Pero ¿á qué molestarla contándole estas cosas? Permítame que dé á mi lacayo las señas de su domicilio de V.

No era esto lo que yo quería; lo que yo quería era celebrar aquella entrevista, conocer aquellas confidencias; pero deseaba rendirme á la fuerza, y la facilidad con que el duque desistía aguijaba mi amor propio y me demostraba que su empeño era muy poco firme.

— Monseñor...—dije timidamente y no sabiendo qué hacer.

— Señora...

— Siento en el alma las pesadumbres de Vuestra Alteza, y querría...

— Consolarme, pero le falta á V. valor. ¡Eso mismo lo he oído tantas veces! Mis amantes y mis reinas me dejan cuando me devora la amargura; hasta mi hija me abandona en tales casos y me echa en cara mi tristeza... En la corte, cuando no divertimos ó no damos, no somos buenos sino para que nos echen á un rincón donde *dejemos* nuestra pesadumbre.

Estos lamentos dieron con mis indecisiones en tierra.

No se olvide que yo tenía veinte años, un corazón todavía provinciano, y que la juventud no cede sus derechos sobre nadie, á no ser sobre los monstruos, y yo no lo era.

— No abandonaré á Vuestra Alteza — dije en un arranque magnífico; — doquiera Vuestra Alteza vaya, allá voy.

— ¿De veras?

— De veras. Si dejara yo á Vuestra Alteza solo en este estado, me tendría á mí misma por culpada.

— Tiene V. razón... Me quedaré solo, pues ni el mismísimo Dubois querría trabajar conmigo en el estado en que me encuentro. Dubois llama á eso mis días de eclipse, y quiere dar á entender que nada comprendo.

El príncipe se levantó, se asomó á la portezuela y dijo algunas palabras á sus lacayos; estaba echada mi suerte.

Sin embargo, la carroza seguía avanzando, y según mis cálculos, teníamos que haber llegado ya, como así se lo hice observar al príncipe, que me repitió que no íbamos al Palacio Real.

— ¿Adónde vamos, pues, monseñor? — pregunté.

— A una casita que poseó junto á la abadía de Longchamps, donde me refugio alguna vez, y que poquísimas personas conocen. Es preciso que á V. no la perjudique su acto de caridad para conmigo y que no la vean en el Palacio Real. Es un lugar de mala nota, donde una persona como V. no ha de verse expuesta á la burla y á las observaciones de los ociosos y de los ruines.

Dí á Su Alteza las debidas gracias por la prueba de estimación que acababa de darme, y que yo merecía á pesar de mis indiscreciones, porque ¿qué eran las indiscreciones en aquel tiempo? A cualquiera habrían podido canonizarlo si no hubiese tenido carga de más peso sobre su conciencia.

Desde aquel instante la conversación se entabló en el seno de la intimidad y de la franqueza. El príncipe me interrogó acerca de mi familia, de mis proyectos, de mis deseos, y de mi marido y su capacidad. Yo le respondí, no como al regente de Fran-



cia, sino como á un amigo—que como á tal me trataba él,— cuando la virtud más rígida nada tiene que reprender. Involuntariamente hice una alusión al grato respeto de que me daba testimonio el príncipe, el cual me contestó:

— Si hubiese V. conocido al difunto rey y á mi difunto padre, no la admiraría tanto mi conducta. Jamás por jamás hubo hombres más respetuosos y atentos con las mujeres. Luis XIV saludaba aún á las jardineras del parque de Versalles, y eso en presencia de toda la corte, á la que de esta suerte obligaba á saludar también. De chiquitín me enseñaron que la cualidad capital de un noble era cabalmente el respeto y la deferencia para con las mujeres. Que yo sepa, nunca he tratado yo á ninguna dama de otro modo que lo hago hoy, á no ser que me haya autorizado á obrar de distinta manera.

Esta explicación alejó de mí las sospechas y los temores, y halléme alegre y satisfecha de mi resolución, á pesar de los consejos de la prudencia. El príncipe me pareció un portento de virtud, horrorosamente calumniado.

El tiempo pasó volando, y, al llegar, la carroza se detuvo á la puerta del jardín. Los lacayos tiraron de la campanilla, entró el coche, y un hombre y una mujer se acercaron á la portezuela y saludaron humildísimamente.

— ¿Hay aquí algo que comer? — preguntó con afabilidad el duque.

— Hay preperada una cena, monseñor; nunca nos cogen desprevenidos.

El duque se apeó, y yo, envuelta en mi capuchón, hice lo mismo; la carroza y los lacayos desaparecieron bajo una bóveda, y no quedaron más que el hombre y la mujer de quienes he hablado.

— Venga V., señora — me dijo el duque de Or-

leás tendiéndome la mano,—y dispénseme el modo como será V. recibida; no nos esperaban.

— Siempre esperamos á monseñor — profirió el conserje un poco picado.

— En este caso no necesito pedir indulgencia — articuló el duque; — ni en el Palacio Real ni en casa de los más ricos traficantes hay un cocinero tan hábil como tú, mi buena Ana.

— No todos prueban mis guisos, monseñor; Vuestra Alteza no viene aquí con sus muñecas y sus despechugados; ya sabe Vuestra Alteza que no me gustan, aunque esta noche...

Una mirada á mi vestido y á mis medias redondeó la frase.

— Nada temas, Ana — repuso el príncipe; — en tu vida has servido á J ama de más fuste y más honrada.

— Enhorabuena. Por lo demás, bien lo veré.

Ana era hermana de leche del príncipe, que le había donado aquella deliciosa casita, con más una buena renta, con la condición de recibirlo cuando á él le pluguiese. Ahora bien, Ana, que hablaba con la desenvoltura de los antiguos ayudas de cámara del Palacio Real, había aceptado la donación y la cláusula, añadiendo otra á su modo, quiero decir que se negó en redondo á admitir á los que ella apellidaba *muñecas* y *despechugados*, y á que en la casita se celebrasen orgías y francachelas. Santo y bueno que allí se cenase tranquilamente; pero nunca más que dos ó tres personas, y aun ella quería elegir las.

Los criados y toda la *secuela* del Palacio Real, que decía Ana, estaban excluidos de la casita. Enviábanlos á una tabernilla construída ex profeso.

Ana y su marido eran los únicos que servían á la mesa.

Aquella mujer quería entrañable y desintere-

sadamente al príncipe; nada le ocultaba, y cuando éste deseaba conocer la verdad respecto de la opinión pública ó de algún acto de su gobierno, se dirigía á ella.

Estrictamente honrada, Ana sermoneaba al duque sobre sus costumbres, y mayormente sobre la conducta de la duquesa de Berry, acerca de la cual no podía represar la lengua.

— Como yo tuviese una hija de esa calaña — decía la buena mujer, — la metería en un convento, y ella, mal fuese diez veces princesa, lo merece mucho más, pues ha de dar ejemplo á su corte.

El regente, que conocía la justicia de aquellas amonestaciones, se limitaba á bajar las orejas.

Ni la princesa se substraña á las reprensiones de Ana, la cual decía que aquélla estaba en el deber de velar por su familia, introduciendo en ella el orden.

— ¡Ay! — decía Ana á la princesa, — ¿Vuestra Alteza cree que si la madre de Felipe viviese, habría soportado todo eso? ¿que no hubiera enmendado rigurosamente á su hijo? Bueno que se refocile con algunas amantes, porque tiene una mujer que se parece á un sofá y á la cual le bastan un par de almohadones para echarse en ellos y dormir; por otra parte, con perdón sea dicho del difunto rey, nuestro señor, aquella mujer quizás hubiera sido buena para manceba de Felipe, pero ¡su mujer! De haber sido yo el príncipe, ó Vuestra Alteza, ó Felipe, no habría aceptado tal afrenta. No está fuera de razón que Felipe engañe á su mujer; pero que no se rodee de tanto sollastre y de tanta descocada. ¿No puede divertirse de otra manera?

Ni las señoras de Parabere y de Sabrán, ni otra alguna de las amantes del príncipe, ni la duquesa de Berry, habían puesto los pies en el *Retiro*, que

asi se llamaba aquella casita. Casi siempre el príncipe iba al Retiro en compañía de hombres formales, y alguna vez en la de las contadas personas á quienes quería distinguir. Nunca faltó el duque á la palabra dada á su hermana de leche. Quien, sobre todo, estaba excluido, era el cardenal Dubois, objeto principal del rencor de la buena mujer, que lo acusaba de haber desencaminado al príncipe, y le habría dado con la puerta en las narices.

Al través de varias piezas alhajadas con suma elegancia, aunque con gran sencillez, condujéronme á un comedor delicioso, lleno de olorosas flores y de preciosos pájaros que, engañados por la viva claridad de las luces, cantaban como en mitad del día.

Sofocada, me quité mi capuchón y mi toca, y Ana, que esperaba aquel instante para mirarme, al verme, exclamó con tristeza:

— ¡Ah! es V. muy joven, hija mía; todavía puede usted detenerse, no pase V. adelante.

El duque se rió, pero no muy espontáneamente, y dijo:

— No es lo que tú crees, Ana; la señora es simplemente una amiga.

— Nueva razón para que se detenga. ¿Acaso no sé yo en qué paran esas amistades? ¿Adónde habrá llegado Vuestra Alteza cuando sus verdaderos amigos han de verlo á escondidas, comprometiéndose, para no comprometerse más en otra parte? Apuesto que esa buena señora no va al Palacio Real.

Dejó la contestación á la voluntad del regente; el cual despidió á Ana después de haber proferido dos ó tres frases ambiguas, y ordenándole que sirviese la cena.

Una vez solos, el príncipe volvió á pedirme mil perdones por las libertades de aquella mujer y por el modo como nos hablaba á entrambos.

— ¡Pero qué le haremos! — añadió el duque; — es una amiga de la infancia, y, en nuestra condición, son tan raros los amigos, que hemos de procurar conservarlos.

Lejos de formalizarme por lo que acababa de oír, habría deseado á aquel buen príncipe, á quien iba apegándome más y más, muchos amigos como aquella mujer.

## L

La cena fué tal, que pareció evocada por la mágica varilla de una hada. No dominó en ella el lujo y la magnificencia de un palacio, sino algo mejor. Cristalería y porcelanas sin par de las que habían roto los moldes y de las cuales habían prohibido á los artistas dar copias. No brillaba en la mesa el oro; pero cuantos objetos de plata parecieron en ella, aunque de formas sencillas, revelaban el gusto más refinado.

Los platos no fueron numerosos; sólo sirvieron cuatro, y apenas los probé, pues no tenía apetito. El regente, cuya preocupación era visible, comió bastante.

— A monseñor le pasa algo — dijo Ana al príncipe.

— Tengo mis días de mal humor y de tristeza — contestó el duque sonriéndose.

— ¡Ah! ya sé... Eja, veo que realmente la señora es una amiga, pues la ha traído Vuestra Alteza en un día como este.

Mientras duró el servicio, Ana conversó con nosotros, y, al terminar la cena, á los postres, se retiró dejándonos á solas.

— Y bien — me dijo el príncipe, confortado por los suculentos manjares y el buen vino, — ya ve V. que no es tan terrible como eso una cena con ese regente tan osado y tan libertino. Va V. á salir como ha entrado, sin que ni una sola palabra ni el más leve ademán hayan podido mortificarla.

— Es cierto, monseñor.

— Y, sin embargo, es V. joven y hermosa, y á esas circunstancias reúne V. una inteligencia capaz de dar realce á una mujer y hacerla figurar sobre las demás en la historia de un siglo.

— ¿Yo, monseñor?

— V., señora, y si no, al tiempo. He observado á V., la he escuchado, y conozco á los hombres. Nuestra especie no tiene misterios para mí; si me engañan, es porque así lo quiero, dejo hacer, por pereza y aburrimiento.

— Pero ¿tiene Vuestra Alteza tiempo de aburrirse?

— Eso es lo mismo que si V. preguntase á un enfermo cómo tiene tiempo de padecer.

— Con todo...

— Tengo todas las ocupaciones del reino, cuantas distracciones apetezco, ¿no es verdad?

— Eso es.

— Pues ahí verá V., me distraigo para olvidar las ocupaciones del reino, y me entrego á éstas para descansar de las distracciones, lo cual acaba conmigo.

Dichas estas palabras, el duque se tapó con las manos el rostro y permaneció así por espacio de tres ó cuatro segundos. Luego añadió:

— Daría de todo corazón cuanto poseo para vivir con mis hijos, hijos cual yo los deseo, con mis hijos, una esposa amada y algunos amigos de linaje obscuro, lejos del ruido y del esplendor. Querría vivir

en familia, honesta y sosegadamente, en paz con Dios, con mi cura y mis vecinos, sin saber si en el mundo hay reyes, ministros, ambiciosos, contiendas y guerras: ese es el verdadero paraíso, el paraíso en que yo sueño y que estoy condenado á no ver jamás.

— Nadie sospecharía tal, monseñor.

— No, nadie lo sospecharía; nadie sabe lo que soy, ni los que más íntimamente viven conmigo, pues se burlarían de mí si sospechasen lo que pienso. Sólo hay uno que allá en lo más recóndito de su corazón tiene conciencia de lo que me pasa, y me desprecia por lo que él llama baja de espíritu: Dubois. Ahí por qué éste sabe llevarme tan bien y aprovecharse de todo conmigo.

Yo escuchaba á aquel pobre príncipe y lo compadecía profundamente. Había en él algo verdaderamente bueno y simpático, con no ser de presencia gallarda ni mucho menos. Sus lamentaciones me enternecieron y miré de consolarlo; pero, moviendo á una y otra parte la cabeza con ademán de duda, prosiguió:

— No todo concluye aquí. Tal vez hallaría yo remedio á mi aburrimiento ocupándome seriamente en los asuntos de Estado, pensando al mismo tiempo en mi gloria y en la de mi patria; pero necesito amigos, señora, necesito un afecto sincero, necesito descansar en un corazón verdaderamente fiel, y no son mis compañeros de placer, ni mis falsas amantes, los que enjugarán mi llanto cuando ya no pueda represarlo.

Si la buena Aissé se hubiese encontrado en mi lugar y no hubiese amado á su hidalgo, se habría *aparejado* una pasión caritativa por el pobre regente, que repitió varias veces con voz conmovida:

— ¡Nadie me quiere! ¡nadie me quiere!

En cuanto á mí, por naturaleza tenía que entorne-

cerme un poco aquel infortunio inesperado, que procuré consolarlo por espacio de algunas horas, y ver de transformarlo en alegría; pero nunca he sido yo para sentir hondamente. Arrastrada por la sensibilidad de mis pocos años, en que tan fácilmente se excitan los nervios, se apoderó de mí la compasión y no pude menos de darlo á conocer. No era el regente para no entender lo que en mí pasaba; pero se engañó como yo misma me engañaba, y, durante algunas horas, creyó firmemente haber encontrado el antídoto de su dolor, como yo creí sinceramente haber arrojado de mi recuerdo los obstáculos de mi pasado y las quimeras de mi porvenir. Y gocé grandemente en ello, lo confieso, y el príncipe todavía más que yo; y es que éste sentía con más viveza, y hacía largo tiempo buscaba aquella divinidad de su vida, para adorarla.

No contaré lo que pasó, lo que dijimos en aquellos momentos de ilusiones. Para serme grato, el duque fué un héroe digno de la inmortalidad: todo lo reformó, nos libró de los abusos, despidió á sus malos consejeros y se agenció un areópago maravilloso. Yo escuchaba, aprobaba y encarecía. La luz del día hacía largo rato que filtraba al través de las colgaduras é igualaba el brillo de las bujías, y nosotros como si tal cosa, hasta que Ana vino á recordarnoslo.

— Urge que Vuestra Alteza se meta en la cama — dijo la buena mujer; — recuerde Vuestra Alteza que sus criados han de despertarlo.

— Dices bien, Ana; poco puedes tú figurarte á qué nos arrancas.

— Monseñor, pienso en la salud de Vuestra Alteza. La señora puede dormir todo el día, si bien le parece; pero no Vuestra Alteza, por estar obligado á presentarse como de costumbre, y no quiero que

maten á mi pobre Felipe; á lo menos yo no ayudaré.

En aquel instante estaba yo toda confusa; parecíame que acababa de despertar de un sueño, y me afanaba en darle ilación, cuando el duque de Orleans me asió la mano y me preguntó apasionadamente, luego que Ana hubo salido:

— ¿Adónde quiere que la conduzcan, ángel mío?

¿Qué contestar? ¿Adónde ir? Parecíame que la casa de mi marido ni la de mi prima habían de abrir para mí sus puertas tras aquella noche insensata. El espectro de Larnage se enderezó ante mí y me echó en rostro los juramentos que por la mañana y en un bosque encantado yo le hiciera. Temí volverme loca, y no hallé palabra con que responder, por que tal vez hubiera sido dura.

— Hermosa marquesa, ángel consolador — prosiguió el príncipe, — ¿dónde quiere vivir en adelante?

— En mi casa, monseñor, en mi casa.

— Bien, sí; pero ¿donde estará su casa? Elija V.: Francia es grande, y toda entera está á la disposición de V.

Mortificáronme tales palabras, y retiré mi mano, que el duque me tenía todavía asida.

— ¡Ah! ¿se ha ofendido V.? — articuló el príncipe; — V. no me comprende. Como en adelante será V. quien me hará vivir, y me hará grande, fuerte é invulnerable á todos los vicios y á todas las desventuras, es preciso que no se aleje V. de mí, que yo la vea á cada instante para consultarla y hallar al lado de V. el valor de que tendré necesidad; y si V. se aleja, el diablo es muy taimado, muy poderoso, y como la costumbre es inveterada, volverá con su séquito de dolores y de oprobio.

— Sin embargo, monseñor, no puedo...

El príncipe, que, como yo, había visto desvanecerse su ensueño con el día, me comprendió y exclamó con emoción:

— ¡Ah! ¡se arrepiente V.! ¡V. no me quiere! Debía haberlo presumido, debía no haber fiado en sus pocos años, en su condescendiente corazón; soy un desdichado y estoy condenado á serlo toda mi vida.

Recobrada ya mi serenidad, parecíome cruel continuar engañando al príncipe, y, sin embargo, lo probé, dirigiéndole algunas palabras cariñosas y algunas miradas lastimeras.

El duque hizo como yo, se esforzó en creer; pero ambos advertimos que hablábamos y nos mirábamos mentidamente, aunque nos guardamos de confesarlo por lo muy penoso que esto hubiera sido.

— Haga Vuestra Alteza que me conduzcan á casa de la señora de Parabere — dije, como conclusión á aquel lance. — No pretendo esconderme de ella, y hallaré de esta suerte el modo de reaparecer en mi domicilio, sin dar pie á que sospechen lo que ha pasado á otra que ella.

El príncipe no hizo observación alguna. Mi petición le hacía evidentes mis intenciones positivas. Desde el momento que ocultaba yo mi falta, era que no tenía deseos de reincidir en ella, á lo menos regularmente. Nuestros magníficos proyectos se derrumbaban ante mi resolución. Ahora que se había *esparcido*, el duque tal vez no lo sentía, y tal vez también le parecía difícil de sostener el papel de Carlos VII al lado de Inés Sorel.

Ana llamó á los lacayos, y yo me fuí sola y envuelta en mi capuchón, en la carroza que me había conducido. El regente me siguió con los ojos desde la ventana; conmigo se iba su último pensamiento bueno.

El duque se fué en otra carroza, y anudó su

existencia habitual. Quizás el recuerdo de aquella noche le causó un remordimiento. Como quiera que sea, al otro día me envió á mi casa, por conducto del marido de Ana, su retrato, pero cual no era á la sazón, sino á la edad de diez y seis años, á la edad de todas las promesas de su hermosura, de su talento y de su corazón. Le agradecí la fineza, único regalo que de él he recibido; verdad es que entonces no hubiera aceptado yo otra cosa.

La señora de Parabere, al verme llegar, sólo pronunció estas palabras:

— Me lo figuré.

La marquesa estaba todavía acostada, por supuesto; pero obedeciendo su servidumbre á una orden previa, me introdujeron en su dormitorio.

Sin interrumpirme y sin pestañear, escuchó la señora de Parabere mi odisea, que se la conté en la inteligencia de causarle la más profunda sorpresa.

— Ya, ya sé—me contestó.—El duque tiene esas aspiraciones al bien, que dan lástima cuando una ve como recae. En verdad, los que han echado á perder á ese hombre son grandemente culpados, y espero que Dios enviará al ruin Dubois á todos los diablos y por toda la eternidad, por semejante abominación.

— ¡Qué! ¿V. también lo ha visto así?—pregunté.

— Yo y otras muchas. A eso llaman sus rejuvenecimientos.

Al oír estas palabras, me sentí profundamente humillada, lo confieso; hábame dado á entender que era yo la única favorecida con aquel espectáculo, cuando mi único favor había sido el *Retiro*, y aun ¿quién sabe?

## LI

La señora de Parabere me proporcionó el modo de regresar á mi casa sin llamar la atención; quiero decir, que me hizo acompañar por un anciano caballero simplón á quien tenía recogido por caridad, y que sólo servía para inspirar respeto.

Por otra parte, mi prima apenas me veía; mi vida no era de su agrado, y como no quería ser de ella responsable, esperaba con impaciencia á mi marido para rogarle que me llevase á otra casa.

Yo sabía que el señor del Deffand tardaría en regresar, y siéndome sumamente desagradable vivir en aquel convento, fui la primera en escribir á mi marido, diciéndole que estaba decidida á tomar domicilio propio.

Mis amigos me habían descubierto una casita bastante agradable, situada en retirado barrio y sin la pejuquera de vecinos. Como conservase yo todavía el don de la vista, no viviría en la que vivo, á causa de esto. ¡Pero una ciega! todo el mundo la mira doquiera que esté. Por otra parte, ya nada tengo que ocultar.

Aquel día dormí algunas horas, y cuando, á la primera de la tarde, me levanté, y apenas me hube vestido, anunciáronme á la condesa Alejandra de Tencin, de quien he dicho ya algunas palabras, y á la cual visitaba yo bastante á menudo, con no serme simpática, como no lo era á cuantos la conocían.

La señora de Tencin, hermana de la de Feriol, como es sabido, se parecía mucho á ésta en el carácter, pero no en hermosura y en talento, que eran de